

Ongi Etorri

Ángel Gros

Copyright © 2011 Ángel González Rodríguez

All rights reserved.

ISBN:
ISBN-13:

A los que desesperan

PREFACIO

Si acaso anhelabas, querido lector, una historia al uso, con un único protagonista que te condujera de la mano por los acontecimientos, te aconsejo desde ya abandonar este escrito. Serán dos los personajes que nos guiarán a través de los hechos. Ambos, por separado, no hubieran sido capaces de resolver el enigma; y los dos, en los inicios de esta historia, aún ignoran que sus caminos confluirán más allá de este libro. Déjame hablarte primero de uno de ellos, del otro ya nos encargaremos más adelante.

El autor

CHAPTER UNO

Euri Iluna

“Vivimos como soñamos, solos.”

Joseph Conrad.

Leandro Hill era hombre de pocas palabras. La última vez que se alargó en el uso de ellas, una jueza de Madrid asignó a su mujer casi tres cuartas partes de su sueldo. Aunque de ascendencia inglesa, Leandro podía ser de cualquier parte. Pasaría por francés, español, argentino o incluso alemán. No afloraba en su rostro ninguna pista de su procedencia: una nariz normal tirando a grande, una boca con labios ni finos ni gruesos, y unos ojos de color indefinido que se movían en la gama del marrón oscuro. Solo un detalle podía hacer que su cara quedara grabada para siempre en la mente de alguien poco fisonomista: dos grandes bolsas bajo los ojos que le conferían el aspecto de un hombre agotado. Sin embargo, Leandro no era feo;

tenía esas facciones varoniles al estilo de Serge Gainsbourg, el compositor de *Je t'aime*, y él mismo subrayaba su actitud cansada con un deje lento y pausado en la voz que encandilaba a quien le oía.

Leandro no terminó la carrera de Filosofía y Letras, y a su familia le hubiera gustado que se dedicara a la docencia o a la literatura, en lugar de incorporarse a una multinacional de la publicidad en la que trabajó una media de catorce horas diarias hasta entrada la treintena. Un día la abandonó para crear su propia agencia, especializada en publicidad en redes sociales, y la dirigió con altos y bajos durante diez años. Por último, apareció Lehmann Brothers, la burbuja inmobiliaria y un socio inconsciente que decidió aplazar indefinidamente el pago del impuesto de sociedades. Esto generó una considerable deuda que le obligó a cerrar el negocio. El último año, a falta de ingresos, Leandro aceptó un puesto de director creativo en una pequeña agencia de San Sebastián, abandonando Madrid.

El hecho de mudarse no le supuso mayor problema. Poco le ataba ya a su antigua ciudad y, en lo económico, su vida estaba como un barco después de ser zarandeado por una galerna. Había perdido todos sus inmuebles, que llegaron a incluir un ático de trescientos metros cuadrados en la calle Velázquez de Madrid (en pleno barrio de Salamanca) y una casa que se había hecho construir en Caños de Meca (Cádiz), una réplica exacta de la famosa *Villa Mairea*, una de las viviendas que el arquitecto finlandés Alvar Aalto construyó en su país a finales de los años treinta.

Leandro adoraba a Alvar Aalto. La obsesión que sentía por su obra era tan enfermiza que, en plena debacle, no se

deshizo de ninguno de los objetos diseñados por el famoso arquitecto. A nadie le hubiera extrañado esta devoción sin límites de haber sido finlandés —para estos, Alvar Aalto es un icono como el reno, el vodka o las tijeras *Fiskars* de mango naranja; incluso su rostro aparece en los billetes de 50 marcos—, pero en Leandro esta monomanía constituía una afición bastante friki.

Volviendo a su situación financiera, lo cierto es que no podía estar peor. Pero a las siete y media de una tarde húmeda y oscura del invierno donostiarra, en la que el *sirimiri* entraba desde el mar con sus vaporosas gotas flotando en el aire, recibió una llamada que cambiaría su destino.

—¿Leandro Hill?

—Sí, dígame.

—Soy Camila Izaguirre, consejera de Interior del Gobierno Vasco; he intentado contactar con usted en su oficina, pero me han dicho que acababa de marcharse. La recepcionista ha sido muy amable al darme el número de su móvil. Disculpe el atrevimiento, pero le insistí diciendo que era una buena amiga: se resistía a facilitármelo.

—¿Qué desea?

—Bueno... en realidad no es un tema que podamos tratar por teléfono. Si le parece, podríamos vernos dentro de una hora cerca de su casa: en *Viento Sur*, frente al *Kursaal*. Estoy segura de que le va a interesar.

—¿Cómo sabe dónde vivo?

—Trabajo en el Gobierno y usted ya está empadronado aquí.

—Ya... ¿y cómo sabré quién es usted?

—No se preocupe. No habrá mucha gente a esa hora.

Leandro Hill, al salir de la ducha, observó su cara en el espejo, mientras se secaba el pelo con una toalla. ¿Cómo se viste uno para una cita con una consejera? Lo apropiado —supuso— sería una camisa de color claro y una chaqueta. Después de afeitarse, buscó en un cajón un frasco casi vacío de *Azzaro* y se perfumó ligeramente: “¡El aroma de los buenos tiempos!”, se dijo con una sonrisa.

Aunque el restaurante no distaba mucho de su apartamento, estuvo tentado de coger un taxi. Leandro odiaba caminar, y en general toda actividad deportiva. Lo que menos soportaba de Donostia, su nueva ciudad, eran esas hordas interminables de *runners* que, a cada minuto, inundaban los paseos de la Zurriola y de la Concha con sus mallas ajustadas de poliéster, sus gorritos y guantes con bandas reflectantes, y sus auriculares conectados a extrañas *aplicaciones* de entrenamiento en sus *smartphones*.

—Son solo tres manzanas —pensó, y caminó bajo una lluvia tan fina que ni siquiera llegaba a ser molesta. A las nueve en punto entraba en Viento Sur, un restaurante de moda en la ciudad que elaboraba una curiosa fusión de platos andaluces y cocina vasca en un ambiente minimalista y elegante. Sacudió el paraguas y lo dejó en el paragüero que, como en casi todos los locales donostiarras, se encontraba a la entrada del local.

Al fondo de la barra, una mujer de unos treinta y pocos años hojeaba *El País*. Vestía una falda gris y una camisa blanca que, entreabierta, dejaba ver una cadenita de oro. Unos zapatos oscuros adornaban el final de unas bonitas piernas cruzadas con elegancia. Sus manos eran blancas y sus dedos largos intentaban contener un mechón rebelde de color castaño que le caía con desenfado al inclinar la

cabeza sobre el periódico. El mechón añadía un poco de simpatía a su semblante serio.

Leandro fue a su encuentro y ella, sin mirarlo, cerró el periódico como intuyendo su presencia.

—¿Leandro Hill, verdad? —preguntó, alargando la mano.

—¿Camila Izaguirre?

—Encantada. Si dispone de un rato, podríamos cenar antes de que se llene. Hay mesas libres y no me gusta hacerlo muy tarde.

“¡Otra deportista!”, pensó Leandro.

—Sí, cenemos, no he tenido tiempo de comer a mediodía —dijo arrepintiéndose de sus palabras mientras imaginaba el total de la factura.

Se sentaron y, tras un rápido vistazo a la carta, una chica delgada con acento andaluz les tomó nota. Camila pidió un “*Sashimi* de atún de almadraba” y Leandro, una “Dorada con *tagliatelle* de tinta de sepia”.

—¿Vino? —ofreció la *maître*.

—No —contestó Leandro.

—*Itsas Mendi* —pidió ella, haciendo caso omiso.

Y añadió: “Tienen un *Chardonnay* navarro delicioso, pero estamos en crisis; un *txacoli* es más acertado, en momentos de austeridad no podemos cometer excesos y, al mismo tiempo, estamos obligados a promocionar nuestros productos”.

En cuanto la *maître* tomó nota de la comanda, Leandro abrió fuego:

—Y... dígame Camila, ¿tan importante soy como para que me reclame el Gobierno Vasco?

—Seré igual de directa: queremos que prepare la campaña política del Lendakari para las elecciones

autonómicas. Queremos que lo convierta en un político con peso dentro de las redes sociales: un *trending topic*. ¿Es así como ustedes lo llaman en su argot, verdad?

—No —contestó Leandro, mientras cogía una minúscula aceituna arbequina de un platito—. ¿Y por qué no se ponen en contacto con una agencia de publicidad en lugar de con un modesto creativo? Hablen con mi jefe, estará encantado de facturarles un montón de pasta.

—La razón es sencilla, en primer lugar usted no debería subestimarse, conocemos su curriculum. En veinticinco años de profesión ha trabajado para proyectos mucho más importantes que el que voy a proponerle. Incluso tiene más experiencia en campañas políticas que ningún otro creativo de por aquí. Si no me equivoco, trabajó en las primeras de Aznar, las de Mayo del 96; e incluso le llamaron para intentar reflotar a Carlos Andrés en Venezuela en el 99; y la malas lenguas dicen que estaba detrás de la famosa convocatoria por *sms* para manifestarse ante la sede del Partido Popular: la que les hizo perder las elecciones después de los atentados islamistas de la estación de Atocha.

Camila calló mientras servían los primeros junto a *txacolí*, para continuar inmediatamente.

—No negamos que su experiencia en redes sociales nos interesa. Para nosotros, expresiones como *social media*, *community manager*, *SEO* o *SEM* nos son absolutamente ajenas y en la *lehendakaritza* queremos hacer un esfuerzo por modernizar los canales de contacto con el ciudadano.

—Insisto: hable con mi jefe. Él pondrá a toda la agencia, servidor incluido, a su disposición, y a mí me dará una comisión.

Ella parecía no querer oír sus comentarios.

—No queremos hacer esto público. Nos jugamos mucho. ETA está a punto de abandonar las armas, los nacionalistas quieren ponerse nuestras medallas, Bildu está comiéndonos el terreno a todos... y nosotros luchamos todos los días para evitar que esto se convierta en otra Serbia. Pasar toda esta información a una agencia de publicidad, con más de veinte personas en plantilla, sería como si Karpov publicara sus movimientos en *twitter* antes de hacerlos sobre el tablero. Perdone que sea tan franca, pero todos sabemos cómo es una agencia de publicidad.

—Un nido de cotillas, sin ninguna duda; pero lo siento, no dispongo de tiempo libre, no puedo embarcarme en un proyecto sin que mi jefe esté al tanto. Precisamente, su trabajo consiste en no quitarme los ojos de la nuca.

—Según el convenio de publicidad, tiene usted derecho a treinta días de vacaciones pagadas —sugirió Camila.

—No creo que me permitan tomármelas hasta el verano.

—Todo dependerá de su capacidad de convicción.

—Es que el primero en no estar convencido soy yo.

Camila Izaguirre sonrió.

—A lo mejor le ayudará saber que desaparecerían muchos de sus problemas.

—¿Mis problemas...? ¿Qué problemas?

—No me negará que Hacienda y la Seguridad Social le están atosigando.

—Estoy haciendo frente a los embargos.

—Cantidades así no se acaban de pagar nunca con su sueldo.

Camila se llevó delicadamente un bocado de *sashimi* a los labios y, acto seguido, se separó el mechón rebelde de

su cara como para vestir de trascendencia sus palabras:

—Mira, Leandro, ¿no te importa que te tutee, verdad? Nosotros necesitamos ganar estas elecciones por el bien de los ciudadanos vascos, y tú necesitas respirar un poco: ya no tienes treinta años y supongo que agradecerás un poco de tranquilidad en tu vida. No entiendo cómo puedes vivir con una parte del sueldo embargado por Hacienda y la otra a disposición de una jueza a la que tu exmujer tiene convencida de que eres poco menos que un maltratador.

—Veo que sabes mucho de mí. ¿Y tú?, ¿opinas lo mismo que la jueza?

Ella no se azoró lo más mínimo y esbozó una sonrisa forzada, que era toda una advertencia para Leandro de que no debía entrar en familiaridades.

—Me tiene sin cuidado cómo te relacionas con las mujeres. Pero sí, efectivamente, sabemos mucho de ti. Más de lo que crees. Para bien o para mal, casi toda la información de los ciudadanos está a nuestro alcance. Toda la que nos permite la Agencia de Protección de Datos, por supuesto.

—¿Me estás diciendo que alguien va a apretar un botoncito y mis deudas van a a desaparecer de los servidores del fisco?

—Nosotros no hacemos las cosas así. Digamos simplemente que será un *pronto pago*. De momento, te haremos un adelanto que ingresaremos en una nueva cuenta. No serás titular, pero sí estarás autorizado a hacer operaciones. Nos haremos cargo de todas las cuotas de tus aplazamientos con los organismos públicos hasta que la campaña comience a publicarse en todos los medios y, al finalizar la misma, cancelaremos todas tus deudas. En un año estarás limpio con la administración.

—¿No habíamos hablado de treinta días?

—Todo depende de lo rápido que seas. Y ahora me tengo que ir. ¿No te importa pagar la cena? Nos revisan los extractos de la tarjetas y no me gustaría tener que dar explicaciones. Por cierto... hablando de tarjetas —Camila abrió un bolso de color crudo con ribetes dorados de Carolina Herrera, sacando a continuación un tarjetero a juego—, creo que la tuya funciona con altibajos; esta es la de tu nueva cuenta, y en este sobre se encuentran las claves para operar. Antonio Aguirre, nuestro director de Campaña, se pondrá en contacto contigo.